

## El retrato de Elena

Cuando se la veía por primera vez, ofrecía el aspecto de una gran señora; la segunda vez, daba una impresión de bondad, que era la verdadera.

La casa donde vivía hacia esquina a una calle, y por una de sus once ventanas, la del ángulo, se divisaba una larga avenida con grandes árboles a los lados.

Allí, detrás de los cristales, pasaba casi todo el día la anciana leyendo, cosiendo o haciendo calceta.

Una tarde, madame Le Minquier tomó una fotografía de mujer, que siempre tenía a su lado, y pensó:

—No se la parece bastante. La fotografía nos engaña con frecuencia. ¿Dónde está la gracia que tenía mi hija cuando me miraba? Mientras más contemplo su imagen, en el fondo de mi corazón más nota la diferencia entre el retrato y la realidad. ¡Cómo me gustaría tener una efigie que me la representara tal como la poseen mis queridos! Pero quién puede hacerla? Nadie.

A fuerza de consagrarse su memoria a esta contemplación interior de la hija muerta, la madre llegó a sentir tan vivamente la presencia de aquella imagen adorada, que tomó una caja de pintura al pastel y una hoja de papel blanco y trató de reproducir la intensa visión de su amor.

Comenzó febrilmente su tarea, sin consultar siquiera la fotografía, que había rechazado y dejado sobre la mesa.

Dibujó primero los cabellos y después el cuello, los labios, la nariz y los ojos.

La madre no se daba cuenta del milagro de ternura que realizaba en aquel momento.

Quiso reproducir el color de los ojos y notó que no acertaba con él, como si se hubiese borrado de su imaginación. La buena señora se detuvo y se echó a llorar.

—Ah! —pensaba—; No sé cómo una madre no puede recordar el color y la expresión de unos ojos que no cesaban de mirar la noche y día!

En aquel momento se abrió la puerta del fondo de la sala.

Madame Le Minquier ocultó rápidamente el dibujo entre las hojas de una cartera, se enjugó las lágrimas con su pañuelo y procuró volver a la vida real, de que se había alejado desde hacía algunas horas.

El hombre que acababa de entrar era un joven que no figuraba entre sus habituales relaciones. No le había visto más que una vez, después del fallecimiento de su hija.

Haciendo un esfuerzo, se sonrió y dijo:

—Cuánto agradezco a usted, caballero, que se acuerde de una pobre vieja que tan alejada está de la generación a que usted pertenece! Al reconocerle a usted, me he figurado que iba a tener la suerte de prestarle algún servicio.

—Cuál?

—El que tal vez usted deseaba solicitar de mí.

Nada de eso, señora.

Viene usted por mí exclusivamente.

—Sí, señora. He venido impulsado por

una fuerza irresistible. Madame Le Minquier miró atentamente al joven, y le dijo en tono grave:

—Conocíó usted a mi hija?

—Sí, señora. La vi cuatro veces. La última fué en un baile que se celebró un jueves, 22 de abril. Llevaba unos zapatos de raso blanco, admirablemente bordados.

—Aun los conservo —contestó la madre.

—Se acuerda usted de ellos?

—Que sí me acuerdo! No creo que aquella noche hubiese en todo París una criatura más hermosa. No quisiera evocar...

—Al contrario, hable usted sin rebozo...

—No sé por qué se me ocurrió al verla una comparación que después he recordado muchas veces. Cuando se deshoja una rosa, hay en cada pétalo un sitio en que la luz apenas penetra y no ilumina al deshacerse más que una zona protegida, finísima de tonos, en extremo admirables y delicados. Eso era ella.

Madame Le Minquier reflexionó un instante. Su voz, menos firme, parecía pedir gracia por una debilidad maternal y por una dolorosa confidencia.

—Creerá usted, caballero —dijo la madre— que no puedo representarme ya el color de sus ojos? Siempre tengo presente la dulce mirada de mi hija, pero no su vida y su expresión. He llegado a pensar que los que aman como las madres, no ven más que el alma en las miradas.

—Pues yo estoy seguro de lo contrario.

—¿Cómo eran los ojos de mi Elena? Diga amablemente usted. ¡Es tan cruel la duda!

El joven bajó la cabeza, y a los pocos momentos contestó:

—Eran azules, con reflejos de violeta. Cuando se ponía seria, dominaba este último tono. Cuando se reía, dominaba el azul.

La madre abrió bruscamente la cartera, tomó el dibujo, lo colocó sobre la mesa e imperiosamente, como si rasgara el velo del secreto de sus angustias, exclamó:

—¡Ah! tiene usted! ¡Es lo único que he podido hacer! Pero le faltan vida y expresión a mi trabajo.

El joven se levantó y se puso a mirar el retrato. De pronto se inmutó.

—Deme usted el lápiz —dijo.

La anciana vaciló un momento y se puso pálida, cuando vió que iba a corregir, a retocar la imagen y quizás a estroppearla.

Volvió la cara, dejando al joven entregado a su tarea.

Al cabo de pocos momentos, brotó la luz en los ojos de la efigie de Elena.

El retrato estaba terminado. La madre no había hecho más que esbozarlo. El otro lo había concluido.

Madame Le Minquier sentía subir desde el fondo de su corazón un grito: «¡Conque usted la amaba!»

Pero fuese por celos o por otra causa, la anciana guardó silencio.

El joven nada dijo, se despidió de la madre de Elena y no volvió a aquella casa.

R. BAZIN.

